



GINGER

TIERRA SALVAJE
BOOKS

@Tierra Salvaje

Primera edición: abril de 2020

Copyright

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio electrónico o mecánico, sin la autorización previa y por escrito del autor.

GINGER

Hoy es sábado, no tengo ningún plan más allá de ver una película en casa y descansar. La semana se me hizo cuesta arriba con tanto trabajo, y estoy cansado. Un día de relax no viene mal.

Cuando estaba en Netflix buscando algo medio decente para ver llaman a mi puerta. Voy al teleportero, veo que Hugo está abajo y le abro. Hugo es mi mejor amigo. Es la persona a la que le puedo contar cualquier cosa y consigue hacerme reír siempre que nos vemos.

Le abro la puerta en calzoncillos, pero qué coño, él es mi amigo. Con él no tengo que recoger los platos sucios de la cocina ni la ropa del viernes todavía tirada en un sillón. Es Hugo, hay confianza.

—Joder, tío, ¿qué haces de esa guisa?

— ¿Qué pasa? Iba a ver una peli tranquilo

—No me digas que ya te has olvidado del cumple de Ruth. No puedes ser más capullo ni intentándolo. —Dijo mientras empezaba a reírse. —Menos mal que vine a buscarte temprano. Vete a la ducha y yo te espero por aquí. Y rapidito que nos esperan en media hora para cenar.

—Pero...

—Pero nada, hace dos semanas que nos avisó, ¿así que te vas duchando o tengo que enseñarte yo a hacerlo? —Dijo mientras me amenazaba con la jarra de agua que había en la encimera. —Además hasta puede que pilles, pero eso sí, no la traigas aquí. ¿Cuánto hace que no lavas los platos?

—No me seas cabrón que tú eres peor que yo. —Dije ya desde el pasillo hacia el baño.

Está claro que no iba a sacar nada de discutir, y, lo peor de todo, él tenía razón. Ruth nos había avisado hace dos semanas, y hace una semana nos lo había recordado. Gracias a los benditos regalos en común no tenía que preocuparme de comprarle algo, pero no me apetecía nada salir.

Ya me había hecho a la idea de pasar el fin de semana sin rascarla y aquí estoy yo ahora, pensando qué cojones me voy a poner. Creo que tengo la camisa negra planchada y los vaqueros que me regaló Ruth por mi cumpleaños en la secadora. Seguro que le gusta el detalle de llevarlos, y, bueno, los vaqueros no se planchan ¿No?

Le di vueltas a lo que Hugo dijo de pillar. ¿Debería recortar un poco el vello alrededor de mi polla? Dicen que parece más grande si no hay tanta selva. Hombre, yo no me quejo, pero nunca está de más. Miré el reloj y decidí que no tardaría mucho. Tras terminar de esquilarse me metí en la ducha e intenté quitar todos los pelillos pegados a mis piernas. Afeitarse, desodorante, colonia...

Tras 20 minutos de reloj estaba yo como un pincel entrando en mi salón. Cuando vi a Hugo comiéndose los espaguetis con albóndigas que me había traído mi madre ayer y que iban a ser mi comida de mañana casi lo mato.

—No me mires con esa cara. Da igual a dónde vayamos a cenar, nada va a estar tan bueno como los espaguetis de tu madre y lo sabes. —Me dijo mientras me miraba con cara de cordero degollado.

—Era mi comida de mañana, cabronazo.

—Pues pide una pizza. Además, tú disfrutas de los tupperes de tu madre a menudo, y sabes que yo no como tupperes de mi madre ni, aunque me pagaran. Qué suerte tienes con la madre que te parió. Además, te hago un favor, tantos hidratos se te están empezando a notar.

—Sé que es la envidia la que habla y no pienso contestarte. —Lo dije con mucha más confianza de la que sentía.

Últimamente no había tenido tiempo para nada más que el trabajo, lo cual excluía también el gimnasio. Cuando pasamos por el espejo de la entrada, mientras Hugo cogía la cazadora, aproveché para echar un vistazo. Yo no notaba diferencia, pero ya se sabe que uno no nota nada hasta que de repente no te cabe ni un puñetero pantalón.

Supe que Hugo me la había jugado cuando dijo que vino en moto y mi casco seguía casualmente en su casa. Lo cual era un eufemismo de “vamos en coche y tú no bebas”. Qué majo por su parte. En fin, no soy de los que echa de menos el alcohol, con lo que no me importó. Lo cual no quiere decir

que no fuera insultándolo hasta el restaurante.

No tengo pensado reconocerlo ante nadie, pero me vino genial cenar fuera y hablar de cosas que no tuvieran nada que ver con trabajo. Conseguí desconectar al cien por cien, reírme, hablar con gente que llevaba tiempo sin ver, todo iba genial, y cuando nos dimos cuenta la cena había terminado y yo estaba por retirarme cuando Hugo me dijo que fuera con él a por una cosa que se había dejado en el coche.

— ¿Desde cuándo necesitas que te acompañe al coche, ¿qué pasa?

—Es que hoy es el cumple de Ruth, y, bueno, la noto más receptiva de lo normal, además le compré un regalo sólo mío para ella y quería dárselo cuando venga con nosotros a la disco, venga tío, necesito que me ayudes.

Por un instante no me gustó que me hubiera metido en un embolado así, pero yo sabía que él estaba más colado por Ruth de lo que reconocía y si podía hacer algo para poder sacarlo de la friendzone lo haría.

Cuando volvimos un par de parejas se habían marchado y el resto ya habían decidido a dónde íbamos. Nos repartimos en los coches y conseguí que la cumpleañera fuera en el mío.

Nada más llegar al coche me di cuenta de que me había “olvidado el móvil en el restaurante” y fui a ver si todavía no me lo había robado alguien. Les di diez minutos hasta que “casualmente” descubrí que lo tenía en el bolsillo trasero del vaquero. Cuando llegué estaban los dos sentados en los asientos traseros muy juntitos. Ella con la cara roja y él con una sonrisa de oreja a oreja.

Parecía que las cosas habían salido bien así que me senté y conduje en silencio hasta la discoteca mientras ellos se decían cosas al oído y se reían.

Sentí una punzada de celos cuando los vi tan cómplices. No celos de Ruth, para nada, y de Hugo menos, yo quiero que sea feliz. pero yo nunca he conseguido conectar tanto con una tía. Es decir, no soy un santo, y he tenido sexo increíble, pero ese vínculo, ese no poder sacar los ojos de una

tía, esa sonrisilla tonta, ese aleteo de mariposas nunca lo he sentido. Quizás no todos estamos destinados al amor. O igual tengo unas expectativas muy altas. Igual la tía de mis sueños ha pasado por delante de mis narices y no me he dado cuenta.

Llegamos al local y todos estaban en la puerta esperándonos. Salí del coche para explicar el retraso y todos miraron sin ningún disimulo a los dos tórtolos que salían de los asientos de atrás. No hicieron ningún comentario, pero sabía que cuando las chicas se fueran al baño o a bailar a Hugo le caería un puteo de aúpa, probablemente alguna palmadita en la espalda también. Pero sobretodo un puteo generoso.

Así que fui a por bebidas a la barra y los dejé que fueran a escoger sitio. Con las manos llenas de bebidas me giré para buscarlos con la vista, y vi que habían juntado varias mesas bajas y sillones en una esquina de la pista de baile, en penumbra. Como llegamos directamente de cenar era temprano y no había demasiada gente, pero hicimos acopio de sillones con cazadoras para los que faltaban por llegar, porque en una hora el local estaría de bote en bote.

No pude evitar sonreír al ver a Ruth sentada en el brazo del sillón de Hugo y como disimuladamente “resbaló” hasta quedar totalmente sentada encima de las piernas de él. No paraban de hablar al oído e incluso en un momento me pareció ver que ella le mordía el lóbulo de la oreja. Yo estaba sentado al lado, por eso podía ver el espectáculo de primera mano. Pude ver cómo ella aprovechaba que se colocaba la falda para pasar la mano por encima del paquete de mi amigo y se sentaba justo encima de él. También vi como él había aprovechado también para apretarle una nalga, desapareciendo sus dedos en las profundidades de su falda.

Y cualquiera podía ver como el top de satén de ella marcaba sus pezones como si no llevara ropa, casi se podía distinguir la aureola de lo excitada que estaba.

Yo no era el único que me fijaba en el espectáculo que estaban dando y que había conseguido que mi polla se pusiera morcillona. Uno no es de piedra y esos dos como no pararan pronto iban a acabar follando allí mismo. De hecho, si las miradas contaran, esos dos ya habrían consumado un par de veces.

Laura, la mejor amiga de Ruth, se plantó delante de la parejita diciendo que tenía que ir al baño YA y que era imprescindible que Ruth la acompañase. Con un mohín muy tierno ella se separó de Hugo y yo, como buen amigo, le tendí uno de los cojines que había en algunos sillones. Si esos cojines hablasen...

Él me miró por primera vez desde que lo dejé en el coche nervioso con Ruth y me dirigió la más radiante de las sonrisas. No pude menos que alegrarme por él. Se lo merecía. Era un buen tío y tenía tendencia a quedarse prendado de las tías más impresentables que había a tiro, y por una vez, parecía haber escogido a una chica decente que lo hiciera feliz.

Hablamos de cuatro tonterías y en el momento en que las chicas, en manada, se alejaron lo suficiente, empezaron los comentarios. “Qué calladito te lo tenías, qué buen polvo vas a echar esta noche, menudo dolor de huevo tienes” es lo menos que le dijeron. Y se cortaron porque Ruth es amiga de toda la vida y casi una hermana para la mayoría, si no hubieran pedido fotos y detalles más explícitos.

La música empezó a sonar más alta y las luces encima de nosotros bajaron todavía más de intensidad a la vez que se encendían las de la pista de baile. Desde nuestra posición podíamos ver toda la pista, como poco a poco se iba llenando de gente y como abrían la segunda barra del local. Todavía no era muy tarde, pero parecía que todos nos habíamos decidido por el mismo local. Empecé a preguntar qué quería la gente para ir a pedir antes de que fuera casi imposible. Laura, recién llegada del baño se ofreció a ayudarme a traer todo a la mesa.

Mientras esperábamos a que nos sirvieran me soltó:

—Bueno Ángel, ¿a partir de hoy tengo que llamarte cuñado o algo así? —Dijo con cierto retintín.

—Menuda encerrona teníais preparada para ella, como para que no cayese.

—Sé que te sorprenderá, pero yo no sé nada más aparte de que Hugo le compró algo para Ruth y quería dárselo con un poco de intimidad. No sé ni que le regaló ni sabía nada hasta que fuimos al coche y me lo comentó. Soy una víctima más.

—Mmm... —Se quedó mirando calibrando si le decía la verdad o no, sin decir nada.

—Mira Laura, nos conocemos hace mucho, yo no tengo porque mentirte, si quieres llamarme

cuñado no tengo problema, sé que él es tan hermano mío como Ruth de ti. Y si lo que percibo es un instinto de protección que sepas que te digo lo mismo, cuñada. Como a Ruth se le ocurra hacerle daño a Hugo me voy a cabrear mucho. Le gusta desde hace mucho tiempo, y Ruth lo sabe, el hecho de que lo haya tenido como un perrito faldero durante tanto tiempo no me dice nada bueno de ella.

—Lo siento, es que no me esperaba ese gesto de él. No lo tengo como el tío más romántico del mundo. —Ante mi mirada de pregunta ella continuó. —Resulta que él le regaló una esclava preciosa de oro con su nombre grabado por delante y la fecha de hoy detrás. Le dijo que llevaba mucho tiempo enamorado de ella y que si ella aceptaba el regalo esa fecha quedará marcada como el inicio de la mayor historia de amor del mundo, y que si la rechazaba no se la volvería a ofrecer, se quedaría en segundo plano y la dejaría ser feliz. Creo que ya sabes cuál fue su respuesta.

—Claro —Ahora el que se había quedado sin palabras era yo. Hugo, diciendo que estaba enamorado de una chica? Eso es claramente algo que no me esperaba. Pero me gustaba que le hubiera echado huevos y le hubiera dado un ultimátum. Lo que le jodía es que no le hubiera contado nada. Pero algo tan íntimo, si yo fuera él tampoco lo hubiera contado, además últimamente no había tenido tiempo para que se lo contase. Volví a la realidad cuando nos trajeron las bebidas. —Venga, volvamos.

Casi se me caen todas las bebidas al suelo cuando al girarme vi a Hugo, mi Hugo, el que se bañaba en pelotas conmigo cuando éramos críos, estaba bailando. Bueno, lo estaba intentando. Él cambiaba el peso de una pierna a la otra al ritmo de la música mientras Ruth bailaba contra él. Aprovechando para frotarse todo lo que podía mientras él la cogía de la cintura.

Esto tengo que grabarlo, joder.

Sin creérmelo todavía dejé todo en la mesa y saqué mi iPhone recién estrenado hace menos de un mes y empecé a grabar. Sé que algunos podrían considerarme una mala persona por lo que estoy haciendo, pero para qué reírme sólo una vez cuando me puedo reír toda la vida. Lo primero que voy a hacer cuando termine de grabar es subirlo todo a la nube, así se vayan todos los datos a la mierda.

Del vídeo puedo sacar gifs, hacer memes, y bueno, cuando Marisa, su madre, vea el vídeo le va a dar un síncope. Su hijo, que lleva aguantando las barras de todas las discotecas de la zona desde

que tiene uso de razón, bailando, y aún por encima reguetón.

Estaba a punto de cortar el vídeo por las manos de él que se perdían por sitios que no quería que su madre viera, cuando en medio del plano se metió una pareja. Era una pelirroja preciosa, contoneándose al ritmo de la música con una morena. Ambas entrelazaron sus piernas, y fueron girando las caderas y frotando la pierna con zonas que se perdían bajo los vestidos de ambas. Sólo podía intuir lo que estaba pasando, pero sus caras, enterradas uno en el cuello de la otra, me decían lo que mis ojos no podían ver.

Mi polla se puso dura ante el espectáculo, pero dura, dolorosamente dura. Como pude sin que se moviese mucho el móvil me la re Coloqué para que no me molestase ni se notase tanto, pero el toqueteo parece que la animó más que tranquilizarla. La canción terminó y las chicas se separaron. Dejé de grabar y me acerqué todo lo discretamente que pude a mi sillón y cogí el cojín que antes le había pasado a Hugo. Ahora yo lo necesitaba más.

Nadie se dio cuenta y todos se rieron al saber que había inmortalizado el momento. Pero ni siquiera lo insólito del momento, ni las risas, ni nada, podía distraerme de aquella pelirroja que bailaba insinuadamente en el mismo sitio de antes. A mí siempre me ha gustado bailar, y dicen que no se me da mal. Además, pocos chicos bailan, lo que más de una vez me ha llevado a “sándwiches” muy agradables con varias chicas bailando a mi alrededor (y dolorosas erecciones).

En cuanto la morena se fue a pedir algo a la barra aproveché y me dirigí a la pista de baile, con mi miembro más tranquilo tras un par de canciones menos sensuales, y me fui directo a donde estaba ella.

Cabía la posibilidad de que sólo le fueran las tías y me fuera con un dolor de huevos para casa, pero había que intentarlo. Llegué antes que el resto de moscones y me gané su atención. Me miró con los ojos entrecerrados, entre las pestañas, sin parar de moverse. Me hizo un repaso desde la cabeza a los pies. Por un momento pensé en el puto comentario de Hugo, pero sin meter barriga me repuse y me acerqué con confianza.

— ¿Quieres bailar conmigo?

—Vale. —Lo dijo mordiendo ligeramente su labio, lo que me puso cardiaco.

No hubo más palabras entre nosotros. No las necesitamos. El DJ puso la canción “Shape of you” y empezamos a movernos como si bailásemos samba. En los primeros acordes caminé hacia mí sensualmente, pasó su mano por mi pecho, palpando mis músculos y puso su mano detrás de mi cuello, que usó de apoyo para echarse hacia atrás, eso sí, con la cadera bien pegada a la mía. Sus rizos cayeron y mi mirada se posó en su cara, y como me había hecho ella a mí antes, le di un repaso a sus pechos. No se veían tiras del sujetador, lo que me hizo desear que fuese de esos de apertura por delante. Dios. Se lo arrancaré ahora mismo con los dientes. Delante de todos, me da igual.

Todo esto pasó a la velocidad de la luz por mi cabeza, porque ella ya se había incorporado, pegado su cuerpo al mío, suspirado en mi cuello y entrelazado sus piernas con las mías, cómo había hecho con su amiga, para después movernos los dos al ritmo de la música, mientras con mi mano en su espalda la acercaba más a mí.

No pude evitar soltar un gruñido cuando se separó de mí para bailar ambos separados esta vez, compenetrados de todos modos. Cansado de que fuera ella quien llevara la batuta, la giré contra mí y la obligué a dar vueltas hacia fuera, pero en vez de volver rápidamente, agarrada aún a mi mano caminé bailando hacia mí los 3 pasos que se había alejado moviendo las caderas y aprovechando la mano libre para colocarse un par de rizos rebeldes en el pelo.

Desde ese momento el baile se convirtió en una batalla de voluntades. Ella quería hacer lo que quería y yo quería que ella bailase como yo quería. Desde fuera no se notaba nada raro, pero a mí el que ella no me siguiera me estaba volviendo loco, así que poco a poco la fui llevando hacia el borde de la pista y cuando el último “love in the shape of you” sonó la apreté contra la pared de la discoteca, sin darle opción a que hiciera giros, vueltas ni quiebros. Me apoyé contra ella y nuestras bocas quedaron a apenas un par de centímetros la una de la otra, ambos respirando agitados tras el meneo que nos habíamos metido.

A ella le sorprendió el movimiento, lo vi en sus ojos, pero no le disgustó. Yo esperé a que ella

tomara la iniciativa, yo ya la había tomado dejándola atrapada. Ella me miró a los ojos, sacó la lengua y con ella recorrió el contorno de mi labio superior y después del inferior. Chupando y mordiendo ese último.

Decir que estaba caliente es decir poco. No descartaba una combustión espontánea en cualquier momento. Así que froté mi erección contra ella, presionando contra la pared y le comí la boca. Jugué con su lengua, lamí su cuello, y ella, tras ver que nadie nos hacía caso se aupó y rodeó con una pierna mi cadera, permitiendo que el roce fuera más profundo, incluso me atreví a llevar una mano debajo del vestido. Casi me corro cuando al tocar debajo de su vestido no había nada. Nada. Sólo piel húmeda y caliente. No llevaba ropa interior. No tenía vello, sólo piel suave que recorrer con mis dedos. Pensé que me volvía loco.

Le pregunté si quería ir a algún sitio a terminar lo que habíamos empezado y asintió mirándome a los ojos mientras yo chupaba mis dedos húmedos de ella.

—Voy a avisar a mis amigos. Nos vemos en medio minuto en la puerta.

—Sí, yo también los voy a avisar.

Fui escopetado hacia mis cosas, cogí mi cartera, saqué 20 euros y se los metí a Hugo en el bolsillo mientras le susurraba que invitaba yo al taxi. Él me miró divertido y no necesitó más explicación. Mi prisa por salir de allí no podía significar otra cosa. Despidete del resto por mí fue lo último que me dije antes de empezar a clavar codos a todos los que estaban entre yo y la puerta del local. Cuando estaba a medio camino alguien agarró mi culo con posesividad, clavando los dedos. Cuando me giré vi que era ella. Mi pelirroja. Dejé que me magreara a gusto mientras yo iba hacia la salida.

El aire fresco, sin olor a humanidad, nos supo a gloria. Además, la luz de la calle me permitió ver a mi pelirroja con más nitidez. Me di cuenta de que sus pezones se marcaban en el vestido y le ofrecí mi cazadora para que se la pusiese por encima.

Ella me miró agradecida y nos fuimos acercando a mi coche. Le pregunté si mi casa le parecía bien y asintió con la cabeza. Yo normalmente no soy de esos. No se me ocurre llevar a mi casa a

una tía con la que he cruzado cuatro frases, para eso están los moteles, lo coches. Pero la mirada de esa pelirroja no me dejaba pensar. Y saber que bajo ese vestido no llevaba bragas me tenía cardíaco. No me importaba si me empapaba el coche. Yo quería, necesitaba, ansiaba meterme entre sus piernas. Sea como sea, YA. Y mi casa estaba cerca.

Cogimos la circunvalación y en unos diez minutos estábamos entrando en mi casa.

— ¿Están tus padres dentro?

—No, qué va, es mía. —Ella me miró sorprendida. —Vale, y del banco un poco. Una herencia antes de lo habitual. Somos una familia pequeña y me tuve que empeñar para reformarla por dentro, pero soy muy afortunado de a mi edad tener ya mi casa. —Dije orgulloso.

Pero, así como metí el coche en el garaje y puse el freno de mano se terminaron las preguntas. Ella salió del coche más tranquila ahora que sabía que no había nadie más y me cogió la mano. Con sensualidad me chupó un dedo y sin más preámbulos lo llevó a su vagina y lo metió. Sólo uno.

Se me fue todo de la cabeza, mi abuelo, la casa, la herencia. Sólo podía ver a esa preciosidad de ojos verdes y pelo de fuego.

Yo todavía estaba sentado en el coche, con una pierna fuera y otra dentro. Y un dedo en su vagina. Lo metí de golpe hasta el final y con mis nudillos froté su clítoris. Ella tembló y un gemido salió de su boca. Saqué mi mano empapada de entre sus piernas y salí del coche. La agarré con las dos manos del culo y ella subió sus piernas a mi espalda. Enganchada a mí la llevé en volandas hasta que estuve de rodillas en mi cama, con ella todavía encima de mí. Le agarré el vestido y tiré de él hacia arriba, lanzándolo a una esquina de la habitación.

Vi su sujetador, el cierre frontal, y cuando lo solté pude maravillarme de sus preciosos pechos. Eran perfectos, caían como dos gotas de sus hombros estrechos y todo su escote, su canalillo, estaba lleno de diminutas pecas. No pude resistirme y me ahogué a mí mismo entre esos dos pecados.

Ella se rió de mi entusiasmo y aunque me encantaría besar cada peca los dos estábamos demasiado calientes, así que separándome un poco me saqué la camisa y los pantalones volaron. Ella misma me bajó los calzoncillos con prisa, como si estuviera deseando verla de una vez. Mi polla estaba muy caliente y daba saltitos de excitación. Ella tenía su cara muy cerca y me habría encantado que la chupase con ganas, pero ella estaba lista para mí. Así que la empujé un poco en los hombros y ella se dejó caer en la enorme cama.

Me tumbé encima de ella y la besé con ansias mientras pasaba la punta hinchada por su raja. Ella se estremecía y cuando estuvo lista ella misma se metió la punta y yo dejé caer mi cadera hasta el fondo. Estábamos los dos tan excitados que entró perfecta, como cuchillo caliente en mantequilla. Y salió, y volvió a entrar. Al principio más lento, profundo. Ella empezó a gemir en mi cuello y me encantó. Empecé a taladrarla con toda la fuerza y velocidad que mis piernas me permitieron. Vi uno de sus pechos botar y atrapé un pezón al vuelo. Probé a pasarle los dientes y ella gimió más fuerte. Cuando mordí con más fuerza ella se corrió. Como una loca. Me empapó. Esos tironcitos que daba dentro de mí me hicieron terminar con un gruñido soltando chorros de semen en su interior. Dejé caer la cadera y apoyé mi peso en los brazos, relajando el resto del cuerpo y recuperándome un poco.

Ella, juguetona, me acarició los brazos con las uñas y eso me provocó un nuevo escalofrío que recorrió todo mi cuerpo, desde la columna hasta los pies. Abrí los ojos y ella estaba debajo mía, con una sonrisa preciosa. Podría acostumbrarme a ver esa sonrisa todos los días.

— ¿Te apetece un baño?

—Sí.

— ¿Conmigo?

—Eso me apetece más. Pero dame un par de minutos para mí, porfa. —Su carita de por favor era adorable. Podría conseguir cualquier cosa de mí. Espero que no se dé cuenta.

—Claro. Mientras yo cambio la cama. Es la puerta de la derecha, después del vestidor.

Mientras ella se aseaba yo aproveché para poner una lavadora con la ropa de cama sudada y su ropa. Estuve tentado de poner un lavavajillas, pero me conformé con apilar la loza para que pareciese menos y recoger la ropa sucia del salón.

Peté en la puerta y ella me indicó que pasase. Entré con cuidado y la vi apoyada en el borde de la bañera mientras comprobaba la temperatura del agua. Una nalga apoyada en la bañera y la otra en el aire. Qué redondez tan perfecta. Seguí bajando la vista por su pierna, era delgada. No como las de una modelo, tenía muslo, pero delgadas de todos modos, su tobillo era fino, y sus pies pequeños para su altura.

Ella me pilló embobado mirándola y sonrió. Qué sonrisa. La bañera ya estaba bastante llena, así que me metí dentro y luego dejé que ella se metiera entre mis piernas. La bañera tenía el tamaño ideal para dos, cuando la compré pensé que cuanto más grande mejor, pero yo sólo siempre acababa escurriéndome. Ahora con ella entre mis brazos era perfecta. Cuando empezó a enfriarse el agua cogí una esponja nueva y la metí en el agua. Sin prisas la empecé a enjabonar. La espalda, los brazos, su cuello. Ella se dejaba hacer y casi la podía escuchar ronronear. Destapé la bañera y abrí la ducha. Con mimo pasé la alcachofa por su cabeza, empapando su pelo. Después cogí el champú y empecé un suave masaje. Ella soltaba deliciosos gemidos que fueron despertando mi polla de nuevo.

Le aclaré el pelo con cuidado de que no le entrara espuma en los ojos e hice que se levantara. Ya no quedaba agua en la bañera, así que pude enjabonar por donde antes no podía. Pasé la esponja por su barriga plana, por sus piernas y por su culito. Después estrujé la esponja para que soltara espuma en mi mano y la metí entre sus nalgas. Allí lavé concienzudamente su agujerito trasero, metiendo una falange y sacándola. Ella tenía los pezones duros de nuevo, no sé si por el frío o el ataque a su ano, así que me acerqué para que notara mi calor.

Cuando mi dedo ya entraba con facilidad dejé mi juego y pasé a lavarle un poco más adelante, lavé sus labios, hinchados ya. Los estiré, separé y frote con ganas, limpié la entrada de la vagina, la uretra y con cuidado saqué el clítoris del capuchón, lo lavé bien y una vez totalmente limpia, y excitada de nuevo, aclaré todos los restos de jabón de su cuerpo. Después la sequé con el mismo mimo que la lavé, le desenredé el pelo y por último la cogí en brazos y la llevé hacia la habitación. Cuando la puse en la cama tuve la ridícula sensación de que ella era lo más precioso del mundo. Un cristal a punto de romperse, y la dejé caer a cámara lenta, como si se fuera arena escurriéndose entre mis manos. Le di un beso en la frente, la tapé con las sábanas y me fui a darme la ducha más rápida de mi vida.

Por desgracia no fue lo suficientemente rápida. Cuando volví a cama ella ya estaba durmiendo. Mi polla apuntaba al techo, pero no podía hacer nada. Tampoco podría dormir con mi amiga tan animada, así que fui al baño y recordando lo que me había pasado me corrí.

Más relajado me metí en la cama y la abracé. Estaba calentita y suave. Y olía de maravilla. Es como si mi champú y mi gel olieran mejor en ella que en mi.

Así como notó mi calor se acercó todavía más a mí y puso su culito en mi polla. Menos mal que acababa de hacer trampas, porque ese culo era mucho culo.

Me desperté con una erección espectacular. No es raro, algunas mañanas me pasa, pero mi erección estaba muy calentita. Abrí los ojos y distinguí un pelo rojo como el fuego a la luz del sol que entraba por la ventana. También vi sus hombros, su espalda, su cintura y por último lo que estaba encerrando mi erección. Su culo. Un culo prieto, sin el más mínimo signo de celulitis. además, me fijé que en la espalda tenía dos preciosos hoyuelos, justo encima de sus nalgas, perfectamente marcados.

Me escurrí con cuidado y la destapé del todo. Empecé a besarla por los pies, subiendo poco a poco por el exterior de su pierna hasta la cadera. Ella parecía seguir roque, así que la giré un poco, y le abrí las piernas ligeramente, lo justo para poder besar la cara interna de la pierna y acercarme al fin a mi objetivo. Puse sus piernas sobre mi espalda y, sin importarme ya que se despertase, empecé a lamer ese coño con ganas. De fuera hacia dentro, de atrás hacia delante, introduciendo la lengua todo lo que podía y, por último, metiéndole un dedo mientras le mordisqueaba y lamía el clítoris. No seguí porque ella de repente empezó a estremecerse, a gemir y a soltar chorros mientras me apretaba con las piernas como si me quisiera dejar sin aire. Se frotaba contra mi cara y gemía. Yo me afanaba en tragar todo lo que salía y respirar bajo la llave que me estaba haciendo.

Se fue relajando y dejó caer las piernas. Yo no sé si estaba alucinando, soñando, o qué, pero esta

chica seguía durmiendo. Porque sé que se acababa de correr, si no hubiera pensado que era el peor comiendo coños. Además, dos preciosos pezones coronaban sus pechos. Fui a despertarla, pero la verdad es que no sabía su nombre.

—Hola tú, soy el extraño al que te tiraste anoche. No sabes mi nombre ni yo el tuyo, pero tengo la barbilla brillante de tus jugos.

—No suena muy bien. Decidí ir a fregar los platos, preparar el desayuno y dejar que ella sola se despertase y recordase todo.

Me dio tiempo a lavar la loza, secarla y colocarla en el sitio. Después hice zumo de naranja, tortitas con chocolate y café. No es que se me diera mal cocinar, pero teniendo una mami que te lo hace, para qué molestarse.

Cuando lo había colocado todo en la mesa fui a mi habitación y nada, desnuda, abierta de piernas, en la misma postura que la había dejado seguía la pelirroja. No sabía qué hacer. Decidí ponerlo todo en una bandeja y llevarlo a la terraza de mi habitación. Está orientada al este, con lo que toda la mañana está bañada por el sol.

Al final opté por acariciarle la mandíbula, la cara, las tetas. Nada. La agarré del hombro y la meneé un poco. Protestó algo, pero ni mucho menos estaba despierta. Bueno ¿Qué hago cada vez que me levanto? Voy al baño. La incorporé con una colaboración mínima por su parte. La llevé como un zombi hasta el inodoro. Se sentó y meó. Con cuidado la limpié con un trozo de papel, me lavé las manos dejándola sola y cuando me giré ella al fin daba señales de vida, frotándose los ojos y bostezando de una manera nada sexy. Me encantó de todos modos. Le di un par de minutos para que terminara de despejarse y con una toalla húmeda le limpié el rastro de babilla que salía de su boca.

Mencioné la palabra desayuno y sus ojos se abrieron algo más, incluso sus tripas gruñeron en respuesta. Cuando dije café y tortitas ya tenía toda su atención. Cogí su mano, caliente, y al pasar por el vestidor le presté una camisa blanca y unos bóxers.

No me importaría seguir viéndola en pelotas, pero mis vecinos, especialmente los adolescentes con prismáticos, también disfrutarán del espectáculo y mejor no revolucionar el vecindario.

Cuando nos sentamos en la mesa las tortitas ya estaban frías, pero deliciosas de todos modos. Ella comió todo lo que le puse delante y cuando terminó el café me pidió más. Me dejé llevar por mi instinto y en vez de llevarme la taza traje la cafetera directamente. Ella aplaudió porque al parecer yo hacía el café más suave del mundo, aguachirri, vamos. Iba a protestar cuando me di cuenta que para despertarla del todo probablemente necesitaría toda la cafetera y se quedaría corta.

Hablamos de todo un poco. Ella estaba haciendo un doctorado, mientras que yo me puse a trabajar nada más terminar la carrera. Vivimos en la misma ciudad y vamos por los mismos locales, incluso tenemos conocidos comunes, pero nunca nos habíamos encontrado hasta ahora. Yo recordaría a una pelirroja así.

Tras recoger y lavar la loza me quedé mirándola y le pregunté:

—Sé dónde trabajas, los hoyuelos de tu espalda y hasta donde llegan las pecas en tu pecho, pero hay dos cosas que todavía no sé y quiero averiguar.

—Dispara.

—Tu nombre y tu teléfono. Venga, vale, con el email me llega. —Ella soltó una carcajada, colocó el iPhone delante de mi cara asombrada y añadió un contacto nuevo. —Robin. Curioso nombre.

—Todo el mundo me llama Robbie. Todo tiene su historia. A mi madre le encantaba la princesa prometida, y quería llamarme Buttercup. Pero mi padre, en un arranque de sentido común consiguió que me llamara como la actriz, Robin Wright.

—Ojalá tuviera de segundo nombre María, ¿no?

—Gayle. Flipa. No sé cual me hubiera traumatizado más.

Ambos estallamos en carcajadas. La verdad es que ella es encantadora. No me apetece que se vaya, pero de repente se pone blanca y empieza a gritar.: Mi bolso ¿Donde tengo mi bolso?

No recuerdo ni si tenía bolso cuando salió de la discoteca. Buscamos en la habitación y no aparece, Tengo la fantástica idea de llamar al número que me ha dado y no lo escuchamos por ningún lado.

Se me enciende la bombilla y vamos al garaje. La vuelvo a llamar y aparece un bolso con forma de sobre debajo del asiento del acompañante. Ella lo abre nerviosa y como si tuviese miedo desbloquea el móvil. Suspira, Sufla. Se le levanta el pelo de todo lo que sopla por la boca.

Yo no sé qué hacer. Me está volviendo loco. Entonces lo veo. Cuatro llamadas de un número desconocido, el mío, lo reconozco, y 28 llamadas perdidas de una tal Esther.

—No sé quién es Esther, pero creo que deberías llamarla.

—Ya. Como si fuera tan sencillo. Eso lo dices porque no la conoces.

—Si quieres la llamo yo. —No había terminado de decirlo y ya me estaba arrepintiéndome.

— ¿En serio? ¿La llamarías? —Me miró con esa cara de corderito que claramente consiguió lo que quería.

Agarré mi teléfono, marqué el número que ella me dio y solo sonó medio tono antes de que descolgaran:

— ¿Diga?

—Buenos días. —Dije con mi voz más encantadora. —Soy Ángel, el chico con el que se fue Robbie anoche. Ella me dio tu número y como no encontramos su móvil me pidió que te llamara para que no te preocupes.

—Qué majo. Qué caballero andante. Salvándole las castañas del fuego a la fresca esa. Dime. ¿Está escuchando esta conversación? —Robbie negó con la cabeza.

—No, ha ido al baño y he aprovechado para llamar.

—JA, has dudado. Pedazo de perra. ¿Qué, contenta? Toda la noche refrescando la página del periódico local para ver si encontraron una pelirroja sin identificar tirada en una cuneta. Ya verás, cuando llegues a casa te mato. Lo has oído, te mato.

Robbie me arrancó el móvil de las manos, le dijo un escueto “estoy bien, hoy duermo en casa” y colgó.

En mi mente Esther todavía gritaba todo lo que le iba a hacer cuando llegara a casa. Y la verdad, no estoy seguro de que fuera buena idea que volviese a su casa.

Ella suspiró, me devolvió el móvil apesadumbrada y un nanosegundo después estaba sonriendo de nuevo.

Es una dramática, no te preocupes, con tal de que aparezca en casa entre las nueve y las once de la noche, todo va bien. Se le irá pasando el cabreo a lo largo del día. Ya verás. — ¿Qué te apetece hacer? Es domingo, así que ir de tiendas está descartado, ¿comemos aquí? ¿Fuera? ¿Tienes para preparar comida para dos? ¿Pedimos?

—A ver, vayamos por partes. Me da igual lo que hagamos, siempre que estemos desnudos sobre algo mullido. Mejor comer aquí. Mis planes para la comida de hoy se los comió mi mejor amigo y puedes elegir lo que pedir.

—Genial. Tu plan de domingo me parece perfecto. ¿chino entonces? Eso sí, si pedimos chino tiene que ser el de...

—Gran Vía. —Dijimos al unísono.

—No me digas que también te gusta.

—Llevo pidiendo a ese chino desde que tengo uso de razón.

—Yo también. El pollo con almendras está para chuparse los dedos

—Y los tallarines fritos, le salen espectaculares.

Seguimos discutiendo qué nos gustaba más del menú y cuando ya teníamos claro lo que queríamos, pedí por teléfono.

Después de colgar le pregunté si quería probar algo delicioso y ella me miró con los ojos brillantes.

Saqué un tupper de la nevera, quedaban dos albóndigas y siete espaguetis perdidos por ahí. El muy cabrón de Hugo me dejó unos pocos en la nevera, para que supiera lo que me perdía. Como sabe lo que me jode eso. Y tirarlos no podía tirarlos. Los hizo mi madre, y si se enterase se cortarían el flujo de comida deliciosa y eso no iba a pasar. Nunca.

Así que nos armamos con un tenedor y comimos una albóndiga y un par de espaguetis cada uno. Un gemido salió de su boca cerrada. Incluso fríos recién salidos de la nevera están espectaculares. Me encanta ver a una persona disfrutar comiendo. Creo que, si no me dedicara a lo que me dedico, habría sido cocinero, para conseguir que la gente fuera más feliz con mi comida.

Entre los dos, con nuestros dedos rebañamos hasta el último miligramo de salsa y cuando terminamos le echamos agua con jabón para evitar la tentación de pasar el dedo una última vez. Allí estábamos los dos, mirando tristes al tupper cuando vi un poco de salsa en la comisura de sus labios. La subí a la encimera de la isla, y acusándola con mi dedo le dije que estaba terminantemente prohibido desperdiciar la comida de mi madre. Ella me miró sorprendida y yo atacé pasándole la lengua por la zona manchada.

De hecho, hice una inspección profunda en busca de algún resto de salsa, por si acaso, ya se sabe. Ella me devolvió el favor, inspeccionando a fondo mi boca. En esas estábamos cuando llamaron a la puerta y fui a coger el pedido.

Cuando estaba a punto de pagar entró Robbie en escena, deslizándose por el parqué con unos calcetines míos que, claramente, le quedaban grandes. Todavía llevaba mi camisa, lo que dejaba gran parte de sus piernas al aire, y cuando se movía se intuían los bóxers debajo.

Yo conocía al repartidor de toda la vida, mi madre, cuando no le apetecía cocinar también los llamaba y ahora le llegaría el cuento.

—Hola, Robbie —Dijo el repartidor

—Hola, Lei.

—No te había visto nunca por aquí.

—Ya ves. Y no cotorrees que te conozco.

— ¿Yo? ¿Por quién me tomas? Por cierto, saluda a Espe de mi parte.

— ¿Espe?

—Mi madre —dije yo cada vez más cabreado.

—Ah, vale. Bueno, ¿entonces cómo pagamos?

—Pago yo y a la siguiente invitas tú.

— ¿Va a haber siguiente? Qué bien te lo montas, ¿eh?

—Cállate, Lei —Dijimos al unísono

— ¿Y la propina?

—Te la doy si eres discreto —Él hizo como que se cerraba la boca y tiraba la llave, y yo le di cinco euros extra. — ¿No tenéis un código deontológico de repartidores de comida china o algo así?

Robbie y Lei estuvieron riéndose de mí los siguientes cinco minutos mientras intentaba que él se fuera de casa para poder comer. Cuando lo conseguí Robbie me dijo mirándome a los ojos: Con esos cinco euros has ganado cinco minutos justitos para que Espe lo sepa todo de mí.

Algo dentro de mí me dijo que eso serían problemas. pero qué le vamos a hacer, uno que es masoca.

La comida estaba tan buena como siempre, pero igual haber pedido todo lo que nos gusta a los dos había sido demasiado. apenas probamos la sopa y la ternera quedó de lado, marginada mientras comíamos el pollo y los tallarines. Bendito glutamato.

Pero si la comida estaba buena, la compañía, bueno, la compañía era inmejorable. Saltábamos de un tema a otro, estábamos los dos deseosos de conocer al otro, así que en medio de un tema soltábamos cualquier pregunta que se nos pasase por la cabeza. Comida preferida. Casa o piso. Color preferido. Libro más odiado. Playa o montaña. Récord de horas durmiendo seguidas. Perros o gatos. Preguntas y más preguntas que les hicieron darse cuenta de que tenían muchas cosas en

común, y las que los diferenciaban, no les importaban.

Una vez terminaron de recoger la comida dudaron entre tirarse al sol o en el sofá. Pero hacía un día demasiado bueno para no ponerse al sol. Él le prestó a ella un bikini, que, siendo justos, era demasiado pequeño para su cuerpo, tanto para sus tetas, que salían por todos lados, como la braguita, que se metía entre sus nalgas y parecía un tanga.

Obviamente, él lo vio cuando ella salió afuera. Si no hubiera impedido que saliera. Dios mío, tuvo que darse la vuelta en la tumbona y recolocar lo todo cuando la vio.

A ella le gustó esa reacción. No sabía de quién era el bikini, y menos mal que era de lacitos, porque si llega a ser de los normales habría tenido un problema. Aprovechó su turbación para observarlo. La verdad es que le gustaba, le gustaba mucho. Tenía un culo duro y bien formado, un culo al que agarrar y no soltarse. Ayer había disfrutado mucho magreándose. Además, tenía una espalda ancha y piernas largas.

Se notaba que se cuidaba. Cuando al fin se dio la vuelta, ella siguió repasando escondida en sus gafas de sol. Tenía el pecho marcado, los abdominales se notaban, no era exagerado, pero podías seguirlos con los dedos en cualquier momento. Pero lo que realmente le ponía cardíaca, lo que la hacía perder la cabeza eran los oblicuos. No sabía si era por herencia, por ejercicio, pero los tenía muy marcados, era casi imposible no seguir con la mirada el camino que te marcaban hacia su polla. Qué bonita y qué placer le había dado. Hasta sus huevos eran bonitos. Proporcionados, suaves.

Se dio cuenta de que se estaba mordiendo el labio por no morderle a él, y pese a lo pequeño que le quedaba y lo tirante que estaba la tela, dos pequeños bultitos sobresalían. Mierda. Mejor me meto en la piscina o lo violo aquí mismo. Con vecinos y con todo.

Por un momento, pensó en tirarse de cabeza, pero le salía aproximadamente el cuarenta y seis por ciento de las veces (siendo el planchazo la otra opción). Así que, fue sobre seguro, y se metió de la manera en que tenía experiencia, estilo. Cogió carrerilla sobre la hierba y con cuidado de no resbalar se impulsó hacia arriba, agarró las piernas entre los brazos y ¡¡BOMBA!!

Como mínimo merecía un diez en efectividad, ya que Ángel estaba empapado. Él la miraba con una cara de “mecagoentusmuertosquefríaestá” y no demasiada alegría. Ella sonrió, ya se había dado cuenta de cuánto le gustaba su sonrisa y él la miró a las tetas sin disimulo, y luego a la otra punta de la piscina. Así un par de veces hasta que se dio cuenta de que en el salto la parte de arriba del bikini se le había escapado. Nadó todo lo rápido que pudo, pero él, en tierra, tenía las de ganar.

Cogió el bikini como si fuera un trofeo y lo levantó para que quedara fuera de su alcance. Estaba muy triunfante, todo lleno de testosterona hasta que, dando un salto, le agarró la cintura, el bañador, el culo, de todo un poco y se impulsó hacia atrás. Si el abrazo le pareció fresquito el chapuzón le tuvo que parecer divino. Por no hablar de que mientras le hacía una ahogadilla en medio de la sorpresa, le sacó el bañador y se fue esprintando hacia las escaleras.

Cuando al fin sacó la cabeza del agua, con todo del pelo como si se lo hubiera lamido una vaca, ella ya estaba fuera. Intentando respirar por el esfuerzo, cortando el viento con sus pezones, obviamente, y con un trofeo bastante más grande que el de él.

Supo por el brillo de sus ojos que lo iba a pagar caro.

Empezó a suplicar:

—Ángel, Angelito, Lito, igual me dejé llevar un poco.

—Igual sí. Devuélveme mi bañador. No quiero dar un espectáculo a los vecinos.

—Más espectáculo estoy dando yo con este par al aire. Venga guapetón, sal y te acerco una toalla. ¿Fumamos la pipa de la paz? —Él bufó. —Vamos, no te enfades, todo fue una bromita, además tú has empezado.

— ¿Cómo que yo he empezado? Yo sólo recogí lo que a ti se te cayó. —Dijo con una media sonrisa.

—Has empezado tú, al darme un bikini tan pequeño. ¿Quién es la chica delgada? —Ella estaba

contenta de que él empezara a sonreír hasta que escuchó su respuesta.

— ¿Me conoces desde ayer y ya tienes celos? Ui, qué interesante se pone esto.

—Muy bien, tú lo has querido.

Estaba furiosa. Cómo que celos. Ella no estaba celosa. Si quería jugar se iba a enterar. Se envolvió en su toalla, cogió la de él y entró en la casa. Y cerró la puerta. No la arrimó. La cerró. Entonces fue recorriendo toda la casa cerrando puertas y ventanas hasta que ya no quedaba ninguna entrada posible.

Ella no era una chica a la que le gustase que las dominaran. Qué va. Ella era una chica de bandera. Ninguna escuchimizada le pondría los puntos sobre las íes como lo había hecho ella.

Se asomó a la zona de la piscina y él seguía en estado de shock, boquiabierto. Todavía no se creía lo que ella se había atrevido a hacer. En su casa. En su puñetera casa. Lo había dejado fuera. Y en pelotas. Su móvil todavía estaba en la tumbona, pero no podía llamar a Hugo. Qué va. Se pasaría años riéndose y probablemente dejaría que sus huevos en remojo un par de horas antes de venir a sacarlo.

Ella se sintió culpable un par de segundos, pero después se fue a darse una ducha tranquila. Se lavó el cuerpo y alargó el aclarado para disfrutar del agua en su piel un poco más. Cerró el agua y cuando iba a secarse el agua de los ojos alguien la empujó contra la pared de la ducha, helada y ella siseó.

Sintió una mano que le agarró las muñecas y se las puso encima de la cabeza, contra la pared. Con un pie le abrieron las piernas y una barra de carne se apoyó entre las cachas de su culo y empezó a subir y bajar.

Le dijeron al oído: Has sido mala, muy mala, y vas a pagar por ello. Ella se estremeció. Los pezones se erizaron contra la pared y su bajo vientre se licuó. Él se alejó un poco, sacó su polla de su culo y, con la mano libre le dio un cachete en culo. Cachete de mano abierta. ¡Sonó un PLAS! tremendo. Ella vibró. Sintió un nuevo cachete. PLAS! y un hormiguelo le picaba entre las

piernas.

La agarró clavándole los dedos en la piel y la giró. Puso sus nalgas contra la pared fría, aliviándose al momento. Después cogió un pezón, lo metió entre dos dedos y retorció. A ella casi le fallan las piernas, pero él no paró, cogió el otro pezón, lo volvió a meter entre los dos dedos y en vez de retorcerlo lo mordió.

Aunque le había dado la vuelta ella seguía con los ojos cerrados. Amplificando el resto de los sentidos. Entonces notó una corriente de aire. No sabía de dónde venía y cuando abrió los ojos fue para cerrarlos al sentir como una toalla húmeda, que él llevaba un ratito dando vueltas había pegado justamente en su clítoris y ahora otra vez. y otra. Ella sabía que estaba hinchado. Sabía que le estaba dando mucho placer y se preparó para dejarse ir. Entonces él dijo NO.

No voy a dejar que te corras. Ella le sonrió pensando en que ella se correría cuando le diera la gana. Así que esperó que llegasen más golpes. Pero no llegaron. En vez de eso un chorro de agua helada impactó contra su monte de venus. Cabreándola y haciendo que abriese los ojos y se revolviere de su presa. Él usó su propio peso para inmovilizarla, como el día anterior, pero esta vez con verdaderas ganas de imponerse. Él la volvió a girar. Puso su cara pegada a la pared, le bajó la espalda hasta hacer un ángulo recto con sus piernas y colocó sus brazos por detrás de ella, agarrándola de nuevo con una mano.

Ella no podía ver nada. Su cara estaba aplastada contra la pared. Él revisó sus nalgas y le echó un producto viscoso. Volvió a meterle un dedo en el culo. Falange a falange. Pero esta vez ella tuvo la seguridad de que su preciosa polla entraría en su culo. Con cuidado fue dilatando la zona y cuando dos dedos entraban con facilidad se la metió. Fue exasperantemente lento, pero en ningún momento paró para que se fuera acostumbrando. Simplemente la metió y así como su cadera quedó apretada contra ella empezó a moverse, despacio al principio.

No le estaba tocando más que en el culo y en las muñecas. No le tocaba las tetas, ni el clítoris, pero ella estaba muy sensible. Notaba el aire fresco contra sus pezones, notaba como él respiraba casi en su nuca y refrescaba el sudor de su espalda y su cuello. Notaba la presión en la cara cada vez que él la penetraba a fondo. Y todo aquello la estaba volviendo loca. Él empezó a acelerar las embestidas y soltando sus manos agarró sus caderas. Clavó sus pulgares en los hoyuelos de venus

y con un ritmo endiablado se corrió dentro de ella y ella se fue poco después. Fue una corrida apoteósica, de libro. A él le dieron muchos espasmos y cada vez que se la metía ella sentía que se seguía derritiendo, alargando su orgasmo una y otra vez hasta que paró.

Acababa de ducharse y ya estaba otra vez sudada. Se les iba a caer la piel a tiras a este ritmo. Todavía con su polla en el culo, él cogió el grifo y, una vez que hubo ajustado la temperatura, le dio una pasada rápida para eliminar el sudor y entrar un poco en calor. También lavó su agujerito, ahora lleno de leche.

Parece que se había quedado satisfecho tras el castigo y volvía a ser el chico cariñoso y atento que a ella le encantaba. Aunque tampoco le disgustaba el dios castigador que la hizo tener un orgasmo espectacular. Le gustaban ambas facetas. Tras secarse el uno al otro, fueron hacia la cama y ella se dejó caer. Encendieron la tele y se pusieron a ver una película abrazados. Ella tenía la cabeza sobre su brazo y él le acariciaba el brazo, la cintura, la cadera, el culete. Nada sexual, sólo mimos.

Cuando la película terminó él puso otra, pero ella se giró y se quedó mirando para él. Empezó a devolverle las caricias. Acarició su cuello, su pecho, sus tetillas, su cintura. Siguió los oblicuos con la mano hasta el final y se entretuvo sopesando y acariciando sus huevos.

Preso ya del deseo se escurrió hacia abajo en la cama y empezó a lamerlos, después se los metió en la boca, primero el derecho y luego el izquierdo. Con bastante esfuerzo metió los dos y jugó con su lengua moviéndolos por la boca.

Continuó su recorrido, en vez de hacia el pene, hacia el ano, siguiendo la línea que el escroto le marcaba. Se entretuvo en el camino, chupando con ganas esa zona tan sensible y llegó al agujerito trasero.

Mientras lamía su entrada, metiendo cada vez más la lengua, llevó una de sus manos a su ardiente coño y lo recorrió, empapando sus dedos. Intentando no manchar las sábanas metió la primera falange en su ano. La primera reacción fue cerrarse alrededor de su dedo. Pero ella tuvo paciencia y esperó a que el espasmo pasase y empezó a moverse lentamente de dentro a fuera, lamiendo en

círculos entre el ano y sus huevos. Él bufaba de gusto, y ella podía notar la dureza contra su lengua. Él la colocó mejor, tirando de sus piernas hasta que quedó encima de él y empezó a lamer como un loco su encharcado coño.

Ella intentó olvidarse de la fantástica comida de coño que le estaban haciendo y decidió centrarse en el trabajo que tenía delante. Siguió metiendo falanges hasta que su dedo entraba entero sin dificultades. Cuando fue a meter un segundo dedo él la castigó recorriendo su clítoris con los dientes y ella tuvo que coger aire un par de segundos antes de seguir. Con el segundo dedo, apenas metido, ella dibujaba círculos hacia su polla tiesa.

Da igual cuantas veces se hubieran corrido ya. Cuando ella posó su lengua en el escroto supo que él se corría. Los empapó a los dos. Todo lo que estaba entre ellos quedó lleno de semen pegajoso. Cuando al fin sacó los dedos, y le dio un poco el aire él continuó con su ataque, decidido a que ella se corriese una vez más. Ella estaba agotada, pero dejó que él continuase su maravilloso trabajo metiendo la lengua en la vagina todo lo que podía. No dejaba su clítoris en paz. Si no era con la palma de la mano, era con un dedo o con la boca, pero no dejaba de excitarlo, y cuando la respiración de ella se aceleró él le empezó a frotar como un loco la pepitilla, empezando a salir chorros y chorros que él bebió con gusto.

Ambos se dejaron caer en la cama, ella hacia un lado para no aplastarla y él tal cual donde estaba. En ese momento relajado, ambos con sonrisas en la boca, él le preguntó:

—Oye, tengo otra pregunta. ¿Quién era la morenaza que ayer bailaba contigo?

—La morenaza, como tú la llamas, era Esther.

—No te molestes, donde esté una pelirroja que se quiten todas las morenas del mundo. ¿Y siempre bailáis así de pegadas?

—A ver, Esther y yo tenemos una relación especial. Un día, las dos tiradas en mi cama empezamos a hablar de lo que nos gustaba en la cama. Nos empezamos a calentar cosa mala. Ella me pasó un dedo por el cuello, prácticamente sin tocarme. Y eso me encantó. Me puso más a tono. Entonces pasó la lengua por el mismo sitio. Y yo ya estaba ardiendo. Le supliqué que parara, que me estaba poniendo como una moto. Pero no quiso, y yo tampoco fui muy convincente en mis protestas. Las dos llevábamos una época de sequía y necesitábamos explotar. Así que siguió acariciándome

hasta que me pasó algo increíble. Antes todavía de llegar a mi coño me corrí. Estaba tan excitada, tan caliente que antes de que pudiera tocar más allá me corrí como una loca.

—Ya veo. —Dije intentando inyectar saliva a mi boca seca. — ¿Y ella siempre lleva la batuta?

—No, que va, en cuanto me recuperé le devolví el favor. Desde entonces cuando ambas estamos calientes y nos apetece nos damos una alegría. Y bueno, ayer en la pista de baile las dos estábamos muy cachondas, sonaba nuestra canción y nos encanta bailar bien pegadas. Creo que no fuiste el único con dolor de huevos en la discoteca.

—Ahora entiendo que sea tan protectora. Si yo pudiera tener un bombón como tú en la cama no dejaría que nadie me lo quitase.

— ¡Qué va! Es protectora por naturaleza, de hecho, lo que te conté pasó en el tercer año de carrera. Súmale máster y que estoy terminando doctorado, llevamos muchos años así. Cuando una de las dos tiene relación estable la otra se busca las habichuelas por otro lado. Una cosa no quita a la otra.

—Comprendo. ¿Y alguna vez habéis, ya sabes, compartido chico?

—Si te soy sincera, es algo que hablamos muchas veces, pero nunca nos hemos atrevido. Para empezar, tiene que ser un tío con mucho aguante para satisfacer a dos lobas como nosotras, pero además tiene que ser un chico que nos atraiga a las dos. No sé, es algo que no se ha dado todavía, pero estamos abiertas a explorar.

—Claro, claro, en el sexo hay que estar abierto a todo. —Dije con una risilla.

— ¿Qué pasa, que no te llevo yo sola que ya estás buscando a otra?

—No, para nada. —Dijo mientras le daba un besito en el gemelo que tenía a su lado. —Lo que pasa es que uno no es de piedra, y ver aquello me dio semejante dolor de huevos que quería saber si se iba a volver a repetir, por algún casual.

—Ya veremos. Ahora vistámonos y llévame a casa. Eso sí, de primeras Esther no creo que esté muy contenta contigo. Mira que quitarme el móvil para que no pudiese avisar de que estaba bien.

—Pero qué zorrón eres, mentirosilla, quieres que te castigue de nuevo, ¿no? —Él empezó a darle mordisquitos por todo el cuerpo y ella huyó hasta el vestidor.

—Ángel, ¿Dónde has puesto mi vestido?

—En la secadora. Igual ahora está un poco arrugado, pero le pasamos la plancha enseguida.

— ¿En la secadora? ¿Mi vestido de lino? Te mato. Te mato. Ahora le servirá a un pin y pon. a qué temperatura lo has metido?

Con las sábanas de ayer. Lo siento, no sabía que había que tener cuidado con él.

Inspira. Expira. No te lo cargues todavía. El chico intentaba ayudar. Además, tiene una cara de pena y arrepentido adorable. Él no lo sabía. No lo hizo aposta. Inspira. Expira.

—No pasa nada. No te preocupes. Déjame un chándal tuyo con cordones para ajustar y ya está.

—La sonrisa había vuelto a su cara.

—De verdad que lo siento, te compraré otro.

—No te preocupes. Anda, préstame el chándal y llévame a casa o Esther nos va a comer a los dos, y con razón.

Él se sentía fatal. Le prestó un chándal con gomas en los tobillos para que no le arrastrase por el suelo y él se puso lo primero que pilló, vaquero, camiseta y deportivas.

Fueron hacia el garaje, revisando de no quedarse nada atrás. A él le daba una pena tremenda que se fuera a su casa. Estaba muy cómodo con su sonrisa permanente, sus rizos rojos y su cuerpo para el pecado paseando por su casa.

Ella pensó en volver en taxi, pero seguro que a Esther le gustaría hacerle un tercer grado, y ella disfrutaría viéndolo.

Cuando consiguieron aparcar eran las nueve y media. Ella mandó un whatsapp tanteando el terreno y parecía que todo estaba en calma. Entraron en el típico piso de estudiantes. Edificio antiguo. Salón y cocina comunes y el resto de puertas cerradas. Ella lo llevó a su habitación para cambiarse y que nadie la viera con la combinación de chándal, taconazos y clutch.

Se quitó toda la ropa, que prometió devolver lavada, y se puso un tanga y un pijama corto, tan corto que al agacharse se le veían las nalgas y una camiseta muy fina, que se ajustaba como una segunda piel. Sin sujetador.

— ¿Viven chicos con vosotras? Sólo me has hablado de Esther.

—No. Sólo somos chicas. Esther y yo somos fijas, el resto han ido cambiando con los años. Las necesitamos para compartir gastos, pero en cuanto empezamos a cobrar como algo más que becas te aseguro que buscamos algo más pequeño y cuco para nosotras.

—Yo tengo habitaciones de sobra en mi casa.

—Cuidado con lo que ofreces que hasta me lo tomo en serio.

—A mí me encantaría compartir piso, pero me fui de casa de mis padres a la mía directamente. No me quejo, no me mires con esa cara, pero definitivamente me hubiera gustado vivir la experiencia.

— ¿Ni siquiera te has ido de Erasmus?

—No, pensé que lo haría más adelante, pero empecé a trabajar mientras preparaba el proyecto y aquí estoy. ¿Tú a dónde fuiste de Erasmus?

—Pues a un sitio atípico. Yo me fui a Fontainebleau, a Francia. Cerca de París.

Supongo que no fue la opción económica de Este de Europa. ¿Tampoco hubo las famosas fiestas de Erasmus?

—Las hubo. Menos de lo que suele ser, yo fui allí a estudiar, fue una gran oportunidad, no fui a rascarla como suele ser habitual.

— ¿Por qué no has hecho el doctorado allí?

—Por lo que mueve el mundo, el dinero. Yo fui becada a hacer ese curso y ni de broma me podría permitir el vivir allí o la matrícula.

—Qué putada. Lo bueno es que ya casi estás terminando, ¿no?

—Sí, un último esfuerzo y soy libre como un pájaro.

— ¿Qué planes tienes después?

Antes de poder seguir hablando la morenaza abrió la puerta y se lanzó sobre Robbie y le dio un piquito en la boca. Entonces me vio sentado en la cama y me saludó con la mano mientras todavía tenía a la pelirroja debajo de su cuerpo.

—Hola, soy Ángel, ya hemos hablado por teléfono.

—Hola Ángel, soy Esther. No sabía si vendrías a traerla. Me alegra que lo hayas hecho. ¿Te quedas a cenar?

—Claro

—Esther, Ángel hace unas tortitas para chuparse los dedos. ¿Porqué no le pedimos que nos las prepare? Así mientras podemos ponernos al día. ¿Al final ayer te trajo alguien a casa? Es que Juan...

Las dejé hablando y fui hasta la cocina. Empecé a abrir cajones, puertas, nevera... Cuando había localizado todo lo necesario y lo tenía colocado en la encimera me puse a batir, reposar y calentar. Como no sabía si las otras dos chicas querrían cenar con nosotros hice tortitas para un regimiento. Las hice de varios tipos, con arándanos, pepitas de chocolate y plátano y fresa. Puse la mesa, las tres montañas de tortitas y varios toppings por si querían echarle. Básicamente lo que encontré por ahí, miel, helado de vainilla, sirope de chocolate y caramelo y nata recién montada.

Fui hasta la habitación de Robbie y las encontré cuchicheando. Algo me decía que si no hablaban en alto tenía que ser por mí, pero me hice el sueco y las llamé a cenar. Ellas fueron corriendo a la cocina y los ojos les brillaban. Avisaron a las otras chicas y todos nos dimos un festín de tortitas.

Tras recibir las gracias infinitas de sus compañeras de piso. Al parecer la primera comida decente en mucho, mucho tiempo, se fueron a sus habitaciones y nos quedamos solos Robbie, Esther y yo. Tras un café, descafeinado para mí, nos pusimos a recoger la cocina. Robbie iba colocando toda la loza al lado del fregadero, Esther lavaba y yo secaba la loza que Robbie colocaba en su sitio.

Hubo varios roces entre Esther y yo al entregarnos la loza, pero no le di más importancia. Toda mi atención estaba centrada en ver a mi pelirroja agacharse para meter el bol en el fondo del armario, bajo la encimera. Desbordando las nalgas del pijama y marcando el tanga contra la tela. O cuando colocó las varillas en la parte de arriba de un mueble, de puntillas, con sus tetas levantadas por el esfuerzo, levantándose la camiseta y dejando ver su estómago plano y su ombligo.

Sé que ella no lo hacía aposta pero mi herramienta se volvió a poner juguetona. Nada escandaloso, pero algo empezaba a abultarse en mi pantalón. Terminamos, apagamos las luces y yo contaba con marcharme, pero Robbie, melosa, se ofreció a compensarme por la cena, y bueno, estaba cansado y al día siguiente había que trabajar, pero seguro que ella conseguía que mereciera la pena.

Me llevó de la mano a su habitación, Me desnudó despacio, frotando su cuerpo contra el mío y dejó que yo la desnudase a ella. Nos besamos y caímos en la cama. Ella se sentó sobre mí, me echó el pecho hacia atrás y dejó que me comiera esos pechos preciosos mientras ella estiraba mi brazo izquierdo y ataba mi muñeca al cabecero con un pañuelo de seda. Me gustaba por donde iba el juego y me dejé hacer. Ella ató mi otra mano y mis piernas. Quedé como una X en la cama. Con mi pene bien alto y el deseo ardiendo en mis ojos. Ella se levantó, cogió el móvil y volvió a mi lado.

Golosa empezó a recorrer el tronco de mi polla con la lengua, entreteniéndose en el glande, jugando con el frenillo. Tenía los ojos entrecerrados del placer cuando la puerta se abrió y se volvió a cerrar. Ahí estaba Esther. Entró con sigilo, aunque yo la veía a través de mis pestañas. Se sacó el pijama, idéntico al de Robbie, con dos movimientos y, ya desnuda, se puso detrás de Robbie y le pasó la lengua por toda su raja. Como un beso de vaca. Ella gimió como pudo con mi polla en la boca y se estremeció. Noté el calambre en sus manos, en su cara, en mi polla.

Esther empezó a recorrer su vagina con ansia. Se escuchaba el chapoteo y la succión de mi polla. Robbie estaba cada vez más excitada, lo notaba por la profundidad de sus chupadas. Estaba llegando con la nariz a mi vello y llegó a tocar con los dientes la base de mi polla. Yo no podía más. Si quería algo más de mí tendría que parar ya. Se lo hice saber entre gruñidos y ella se subió hasta mi polla, mirándome a los ojos, pero en vez de meterla por el coño se echó un pelín hacia atrás y la introdujo poco a poco en su culo. Estaba caliente, apretado, casi seguro que le estaría doliendo, no se había molestado en dilatarlo.

Ella agarró a la morena por el pelo y casi con violencia llevó su cara hasta mi polla y su culo. Esther se esmeró en lubricar con su boca mi polla y la entrada trasera de su amiga, para pasar a seguir comiendo ese coño delicioso. Yo sólo distinguía su melena alborotada, pero reconocía los movimientos.

Vi la cara de placer de Robbie y me centré en ella y en darle el mejor ángulo posible para que le molestara menos. Era lo único que podía hacer. Ella se fue dejando caer y sin parar en ningún momento se empaló. Esther la miraba extasiada, atrapó con un pezón con sus dientes y tiró. Su teta se alargó, parecía que se lo iba a arrancar, pero a Robbie parecía encantarle porque empezó a

cabalgarme con nuevos bríos.

Esther aprovechó su excitación para lamer un consolador violeta. Lo fue metiendo en la vagina de Robbie, haciendo que yo estuviera todavía más ajustado dentro de ella. Robbie se quedó quieta conmigo dentro mientras Esther le metía el juguete en la vagina. La morena se subió a mis abdominales y se empezó a meter la otra punta del juguete.

Cuando sus vaginas estaban casi pegadas Robbie empezó a moverse, y bailamos un delicioso tango a tres. Robbie dominaba. Cuando se levantaba Esther la acompañaba en el movimiento y se dejaban caer las dos encima de mí. Yo notaba los anillos del consolador acariciar mi polla y me estaba volviendo loco. Robbie fue moviendo sus caderas cada vez más rápido, más rápido hasta que yo no pude aguantarlo más y me corrí en su apretado culo. Mi pelirroja sintió los lechazos y se corrió, gimiendo y estremeciéndose, lo que provocó también la corrida de la morena. Cada una se tumbó a mi lado.

Yo todavía estaba atado, y no podía hacer nada. Así nos quedamos un par de minutos, mientras recuperaban el aliento. Robbie me desató después. Yo me vestí, las dejé abrazadas, adormiladas, y salí de aquel piso hacia mi casa.

Pese a que me había corrido varias veces hoy, no tenía sueño. Acababa de vivir la situación más excitante de mi vida. Un trío con dos chicas espectaculares. ¿Cuántos hombres pueden decir que han experimentado algo así? Por lo menos, de mi grupo de amigos, ninguno.

Había sido caliente, vibrante, provocativo. Si no fuera por lo escocida que tenía la polla, se me habría levantado al recordarlo. Sé, de hecho, tengo la seguridad de que caerían muchas pajas recordando lo que me acababa de pasar, pero no podía evitar la sensación de que no me había gustado. Es decir, a nivel sexual, un 10, un 11, un 25.

Pero no soportaba ver cómo Esther sabía exactamente qué teclas tocar y cómo para hacer que Robbie saltase. Sé que todos tenemos un pasado, pero una cosa es saberlo y otra verlo delante de tus narices. Ver como otro hace estremecerse a alguien que es tuyo.

Por supuesto, no le podía decir nada de esto a Robbie. Ella no era nada mío. Y yo nada de ella. Habíamos pasado un fin de semana inolvidable y ya está. Nuestra vida mañana volvería a la normalidad.

La semana pasó rápido. Yo había dejado aparcado el trabajo, pero volvió a mí en el mismo instante en que atravesé la puerta de la oficina. Cuando llegaba a casa estaba agotado. Se suponía que debería haber ahorrado fuerzas el fin de semana, pero me había agotado y las horas pasaban muy lento. Hasta mi madre estaba preocupada y vino un par de días a ayudarme con las cosas de casa y dejarme la nevera llena de tupperware que devoraba al llegar. Lo siguiente era desnudarme por el camino y meterme en cama. El viernes me dieron la fantástica noticia de que me tocaba viaje y reunión el lunes, con lo que pasé todo el fin de semana preparándolo.

En bóxers está claro que se trabaja mejor, pero aún así fue extenuante. El domingo, a las seis de la tarde, cuando terminé de prepararlo todo, tarjetas de embarque impresas, maleta en el coche, bandeja de entrada del correo a cero, me puse a mirar una película en cama, pero creo que no llegué a los créditos iniciales. A las seis de la mañana del día siguiente me desperté más relajado, pero la semana siguió a un ritmo infernal. O contratan a alguien más o yo me muero del agotamiento.

El viernes conseguí salir pronto y abrí mi iPhone. Tanto trabajo para conseguir un móvil que no tengo ni tiempo para mirar.

Tenía varios Whatsapps de Robbie y varias llamadas de Hugo. Decidí empezar por lo más importante. Llamé a Hugo y le invité a cenar en mi casa. Ayer no había tenido tiempo ni de cenar y tenía un tupper lleno de comida para ofrecerle.

Sé que hubiera venido de todos modos, pero el tupper consiguió que en menos de media hora lo tuviese en la puerta de mi casa con una sonrisa radiante. Cogimos un cubo en la cocina, lo llenamos de hielo, cervecitas y nos fuimos a tirarnos en las tumbonas.

Él me contó las novedades con Ruth. Desde que decidieron darse una oportunidad apenas habían

dormido separados un par de noches, y para volver a juntarse el día siguiente con más ganas. Quizás fuese ir muy rápido, pero ya no somos unos críos y estaban buscando un pisito pequeño en alquiler. Un nidito de amor. Un sitio con intimidad para no dejarse medio sueldo en moteles.

Yo me alegré por ellos. Seguro que les iría fantásticamente. Entonces él me preguntó por la pelirroja. Ésa por la que los había abandonado vilmente. Entonces le conté toda la historia, desde el vídeo, que ya estaba guardado en la nube y que no tardaría en mandárselo a Marisa (sin la parte de Robbie y Esther, obviamente), hasta que dejé su piso el domingo, lunes ya en realidad.

Lo sé, no está bien fardar, pero en realidad necesitaba hablar de ello con alguien y sabía que Hugo se llevaría el secreto a la tumba si yo se lo pedía. Somos familia, familia de la que se elige, pero familia de todos modos.

Él se quedó pensativo. Aproveché para refrescarme en la piscina. Estuve nadando media hora, contando las brazadas para no pensar en Robbie, mi pelirroja. Cuando salí él estaba abriendo otra Estrella y me dijo:

—Amigo, siento ser yo el que te lo diga, pero, creo que te han camelado. Estás colgado hasta las trancas. Estás bajo el influjo del amor. Cupido te atravesó con una flecha de pasión... —Iba a seguir cuando le abracé empapado para que se callase y le respondí

— ¿Sabes por qué Cupido lleva pañales? Porque siempre la caga.

Ambos estallamos en carcajadas y nos tiramos a la piscina. Estuvimos haciéndonos ahogadillas un buen rato hasta que me dolían los abdominales de tanto reírme. Qué sería de mi vida sin Hugo. El jodío sabía cómo mejorar mi humor al instante.

Secándonos al sol me recomendó que la invitase a pasar el sábado conmigo. Yo no estaba muy convencido, pero él me dijo:

—Mira tío, lo mejor es que le digas la verdad, lo que sientes, y si ella te corresponde genial, y si no, pues nada, que no se diga que no lo has intentado. Ya sabes que yo soy de los que piensa que

hay que arriesgar. A mí me salió bien.

—Ya, pero tú no la conoces de un fin de semana loco.

—Tienes razón. Yo tenía mucho más que perder que tú. —Él hizo como que iba a coger mi móvil y yo fui más rápido que él.

—No me va a volver a pasar otra vez.

— ¿Otra vez qué? Algo no me has contado. Venga, suelta por esa boquita. ¿Qué más no me has contado?

Yo no tenía pensado contarle que me habían encerrado fuera de mi propia casa en pelotas, pero él empezó a pasar las uñas por el metal de las tumbonas. Sabe que es mi criptonita, y al final se lo conté todo.

—Vale, es definitivo, tienes que presentármela. Aunque no seáis nada, para que me dé ideas para putearte. Parece que se le da mucho mejor que a mí.

—Más razones para no llamarla. ¿Podemos dejarlo estar y cenar de una puta vez? —Ya me estaba empezando a cabrear.

Cuando Hugo se fue me quedé mucho más tranquilo. Llamé a mi madre para agradecerle su ayuda esta semana y quedamos en comer el domingo juntos.

Recordé el vídeo de Hugo bailando y lo recorté para evitar que se viera a mi pelirroja y los momentos más tórridos con Ruth. Aproveché para hacer varios gifs que mandé a varios grupos de whatsapp para vergüenza de este y luego le mandé los vídeos a mi madre y a Marisa a la vez, para que no se cabreen. Casi podía escuchar las risas y comentarios.

Se iba a enterar de lo que vale un peine. Nadie me putea toda la tarde y sale indemne. Además, Marisa y mi madre ya sabían de Ruth, y a todos los que se lo mandé lo vieron bailar en persona, así que esperaba que no me lo tuviera mucho en cuenta.

Supuse que estaría bien acompañado porque no me llegó ningún mensaje cabreado.

Lo malo de haber hecho esto es que tenía a un clic de distancia el vídeo de Robbie y Esther bailando, frotando sus piernas al ritmo de la música. Cómo podía ser que me la pusiera dura como acero macizo y a la vez me muriera de celos. Porque sí, no podía negarlo, me moría de celos. Ver como respiraba en el cuello de la otra, como los vestidos se les pegaban con el sudor al cuerpo, como se subía cuando bajaban las caderas a la vez. Con verlo una vez, lo que duraba la canción, me corrí como un burro.

Decidí que una mujer así bien merecía que le dijeran las cosas a la cara, a las doce de la noche le mandé un mensaje. Un tocho súper largo con párrafos, puntos y mayúsculas. Le expliqué que el trabajo me había absorbido las últimas dos semanas y si quería venir a pasar el día conmigo mañana.

Estuvo como dos minutos “escribiendo...” y paró. Volvió a escribir, pero no llegaba a escribir nada. Tras 10 minutos que se me hicieron eternos, ella estaba en línea. Escribía y paraba.

Me estaba volviendo loco. Intenté buscar algo en la tele, pero nada me llamaba la atención. Toda mi atención estaba en mi móvil, que observaba con el rabillo del ojo mientras paseaba por las recomendaciones de Netflix.

Plin! Parecía que estaba desenfundando una pistola de lo rápido que lo cogí, hasta le sonreí al móvil para que me reconociese. Allí estaba, un mensaje nuevo de Hugo. Y otro, y otro más. Lo más suave era cabrón y el resto os lo podéis imaginar. Menos mal que no es rencoroso el tío. Pensar en su cabreo, aunque me haga parecer mala persona, me hizo sonreír. Él era algo que podía controlar. No como a mi pelirroja, que creo que no se controlaba ni ella.

Tras decidir que no iba a servirme de nada quedarme en el sofá fui a mi habitación y me puse a leer un libro. Es la única cosa que me abstrae del mundo a mi alrededor. Cuando me meto en la historia puede llover, tronar, lo que sea, que no me entero de nada. A las dos los ojos se me cerraban y le eché un último vistazo al móvil.

Un par de mensajes de Hugo mandándome un poco más profundo a la mierda y un mensaje de

Robin: “Mañana a las 10 me paso. Por la noche tengo un compromiso. No puedo quedarme a cenar. ¿Llevo bañador?”

Le respondí: “A las 10 me parece perfecto. El bañador es una buena idea”.

Toma ya, mensaje recibido a la una. Una puta hora “escribiendo...” para decirme eso. En fin, puse una alarma para las 9:50 y cerré los ojos.

Al día siguiente apagué la alarma, abrí los ojos y vi que el sol lucía espléndido sin una nube. Me desperté, fui al baño, me lavé los dientes, me pasé los dedos por el pelo y tiré los bóxers al cesto de la ropa sucia. Me puse un bañador y me fui descalzo a la cocina. Preparé una cafetera más cargada de lo habitual pensando en ella y empecé a coger todo para hacer unas torrijas con el pan de hace un par de días. Se me abrió la boca mientras batía los huevos. La sartén estaba al fuego y sonó el video portero. Fui a abrir el portal y dejé la puerta de casa abierta. Volví a la cocina y seguí con el desayuno.

Ella entró en su casa. Estaba limpia y ordenada, decorada con gusto. Un tanto masculino, pero acogedor de todos modos. Práctica. Apoyó la bolsa de la playa en una mesita al lado del sofá y siguió el ruido hasta la cocina. Ahí estaba él. Llevaba pensando en él dos semanas. La había vuelto loca del todo. Su tesis estaba estancada. No había escrito ni una línea que valiese de algo. Cada vez que empezaba a escribir se le iba la cabeza y ya no era capaz de seguir. El no tener ninguna obligación más con la que poder entretenerse la desquiciaba. No se podía centrar en nada que no fuera pensar en él.

Ella no tenía ninguna foto de él y verlo tras dos semanas de ausencia le afectó más de lo que esperaba. Él estaba allí de espaldas, metiendo las torrijas en la sartén. Su bajo vientre se licuó cuando vi esa espalda desnuda, esa cintura, ese culazo, esas piernas. Si con un bañador tenía ganas de comérselo, con un traje lo viola. Él se giró y ella vio esos ojos medio abiertos todavía, esa sonrisa al mirarla. Y qué decir de los oblicuos que se marcaron cuando se giró.

¿No sabes que hay que ponerse delantal para preparar la comida? Sobretudo si vas a estar con aceite caliente. Supongo que tu madre te habrá enseñado eso, al menos.

Oye, no te metas con mi madre. Ella me enseñó eso y más, pero estoy tan dormido que ni me di cuenta. Si las torrijas las embadurno en sal que no te extrañe.

Pues sí que estás cansado de verdad. —Dijo ella con retintín. —A saber, quien te ha cansado tanto. —Por Dios, ¿Acabo de decir eso? Suena a celos.

Ya te lo dije, mucho trabajo, sueño acumulado y ayer alguien que me estuvo escribiendo dos líneas durante una hora y no me dejó dormir. —Golpe bajo. — ¿Y tú qué has hecho estas dos semanas? —Preguntó para suavizar el golpe.

Pues nada, escribir la tesis —y pensar en ti, un coñazo, vamos.

Ya veo que te lo has pasado de maravilla. ¿Cuándo presentas?

Pues depende de mi tutor, pero espero dejarlo todo terminado, con bibliografía y todo, en un par de meses, y después esperar a que me lo revisen, presentar... Espero que pronto. Pero para mí el plazo termina cuando yo entrego la tesis al tutor. El resto es más seguir el proceso que otra cosa.

Entonces en un par de meses empiezas a buscar trabajo en serio.

Sí, ya me han ofrecido varios puestos, pero al menos en el primer trabajo quiero escoger un poco, coger algo que me interese. A tiempo de aburrirme de mi trabajo y a ganar dinero estoy siempre.

Tienes toda la razón. Yo estoy deseando que contraten a alguien nuevo. Estoy haciendo tantas horas que me voy a ir de vacaciones en noviembre y no vuelvo hasta el año siguiente.

Ya se te nota, es hablar del tema y te estresas.

Ella lo tocó por primera vez desde que llegó a su casa. Le dio un suave masaje de hombros mientras él terminaba de embadurnar las torrijas con azúcar y canela.

Tienes la espalda muy agarrotada. Si quieres después de desayunar te doy un masaje en condiciones.

No te voy a negar que me vendría de vicio. ¿Dónde has aprendido a dar masajes?

Una compañera de piso que estudiaba fisioterapia. De las mejores que tuvimos, limpia, agradable, y daba unos masajes de muerte. Nosotras sufrimos muchísimo con sus prácticas.

Ya me imagino, ya. ¿Por qué se fue?

Lo de siempre, la cazó un hombre muy listo que se llevó una joya a casa, y con unas manitos de oro. De hecho, su boda es en un par de meses.

Habría que ver quien cazó a quien. Te casaste la cagaste.

Hombres...

Terminaron de desayunar en buenos términos. Ella incluso agradeció el detalle del café cargado. Ante la pregunta de fuera o dentro, él, tras pensarlo un poco, decidió fuera. Mejor no tumbarse en una cama con esa mujer encima o está claro que ni masaje, ni hablar.

Para estar cómodos los dos se tumbaron en el césped sobre unas toallas, se echaron crema en todos los sitios que se llegaron y luego él le extendió una buena capa en la espalda de ella. Aunque ya no llevaba el minúsculo bikini del otro día, ella estaba preciosa con su bikini verde esmeralda. Apenas dos triángulos tapaban sus pechos y otro tanto con la parte de abajo. Ella desanudó la parte de arriba para que pudiera echarle crema sin obstáculos, y la mirada de él recorrió el contorno de sus tetas, sujetas con una mano. Tenían una forma perfecta, bien definida, duras.

Después ella lo tumbó y no sólo le dio crema, sino que se la extendió dándole un masaje relajante que lo sumió en un sopor tan agradable que se quedó grogui a los tres minutos. Ella le dio un tierno beso en la cabeza y se tiró a su lado, sacó un libro, gafas de sol, sombrero y a leer.

A los diez minutos le puso una gorra en la cabeza para que no le diese una insolación. Pero tras otros cinco minutos de que él, literalmente, no moviese un dedo, decidió abrir una de las sombrillas, y colocarla dando sombra sobre todo su cuerpo.

Más tranquila, ella se metió en la piscina, nadó con ganas media horita, salió como una sirena, emergiendo con el agua corriéndole por la piel y fue hasta donde estaba él. Puso su toalla pegada a la de él y se tumbó al sol para secarse. Giró la cara y se quedó mirándolo. Tenía la boca entreabierta, y el pelo despeinado. Qué guapo era. Apenas había dormido de noche, estaba tan nerviosa que hasta discutió con Esther. Se le fueron cerrando los ojos y se quedó dormida también.

Hacía un calor de mil demonios, estaba sudando como un cerdo y por si fuera poco el sol lo estaba matando. Abrió los ojos y se sorprendió al ver un mar de rizos rojos debajo de su barbilla

y la fuente de todos sus calores en posición fetal contra él. Sonrió. No pudo evitarlo. Tenerla a su lado le provocaba alegría, hacía como que su corazón fuera más ligero, más rápido.

Se levantó a colocar la sombrilla para que les tapase el sol, se pasó un agua fresquita en la ducha de la piscina y volvió a tumbarse a su lado, dejando el espacio justo para que corriese una agradable brisa entre ellos. Entonces empezó a recorrer su cuerpo con la yema de los dedos. Nada sexual, simplemente fue descubriendo todas las pecas que cubrían su cuerpo, dando un besito en alguna zona especialmente bonita.

Ella no estaba profundamente dormida, por lo que poco a poco se fue desperezando, estirándose y dejándose mimar. Al ratito abrió los ojos y acarició el pelo de él con sus manos. Se miraron a los ojos y se dieron un beso. No fue un pico, ni un derrape, no hubo lenguas compitiendo. Fue un beso de amor. Se apretaron los labios el uno contra el otro mientras sus corazones se disparaban, las mariposas volaban y lo supieron. Había llegado el momento de hablar.

En una cálida mañana, a la sombra, sobre el césped, con el sol lanzando destellos en el agua, hablaron de sentimientos. Ella le habló de su tesis, estancada desde que él la había mirado. Él le habló de Esther, de los celos que no lograba entender del todo. Ella lo comprendió. Si hubiera visto a otra mujer con él, una mujer que conociese de apenas unos minutos, habría sacado las uñas.

También hablaron de futuro. Ambos habían escogido trabajos absorbentes, no iban a tener mucho tiempo para lo suyo, si es que empezaban algo. Hablaron de dinero, hablaron de todo lo que les rondaba la cabeza, y tomaron una decisión.

Merecía la pena intentarlo. Con la firme promesa de hablar de todo lo que les preocupase, decidieron ser valientes y darse una oportunidad.

Todavía quedaban muchas cosas por decir, pero él acarició la línea de su barbilla, le agarró el mentón y la besó. La besó con amor, con posesividad, con pasión. La ayudó a levantarse y de la mano se fueron hasta la cama. Estaban sudados y llenos de crema, pero no les importó. Él le quitó con cariño el bikini a ella, dándole besitos, y ella, con cuidado, agarró su polla mientras le bajaba

el bañador.

Sentir el calor de su manita agarrándola consiguió que él se pusiera duro. Pero duro, como la primera vez que la vio. Así que la tumbó sobre la cama, abrió sus piernas, y en la clásica postura del misionero se la metió.

Decir que estaba encharcada es un eufemismo. Tenía un lago ahí abajo. Llevaba dos semanas haciéndose como poco dos pajas al día pensando en él. Pensando en su mirada, en cómo le temblaba el pecho cuando gruñía excitado, en su lengua, en su culo. Cuando al fin lo tuvo dentro de ella por completo se corrió. Como una exagerada, con sus espasmos, sus tirones, su todo. Estaba extasiada de tenerlo al fin dentro.

Él se sorprendió, pero decidió empezar a moverse de todos modos, bajó una de sus manos hasta el clítoris de ella y con su boca agarró un pezón. Empezó a moverse, profundamente, lentamente, mientras le mordía y le meneaba la pepitilla.

Ella apenas podía respirar, se estaba volviendo loca, era como si su orgasmo no terminase nunca. Notaba la fricción en la vagina, cuando llegaba al tope, llenándola, las chispitas que soltaba su clítoris y el pezón para coronarlo todo, en esa fina línea entre el dolor y el placer. No podía dejar de correrse, era imposible. Siguió corriéndose hasta que él se derramó dentro de ella con un caderazo que la mató.

Nunca, hasta ahora, había tenido un orgasmo tan fuerte, casi la empala en el colchón con los espasmos. Qué manera de soltar lechazos. Supo que lo había puesto todo perdido mucho antes de sacarla, así que sabiendo que habría que cambiar las sábanas agarró una esquina y se limpió con ella. Levantó la vista y la vio.

Tenía esa preciosa sonrisa en la boca y los ojos cerrados. Respiraba muy despacio, como si estuviera comatosa. Sabía que desde el momento en que se la metió se estuvo corriendo hasta que terminó, notaba los deliciosos tirones de su vagina todo el tiempo. Tenía que estar agotada. Le dio un suave beso en los labios y se tumbó a su lado. Es la primera vez en su vida que había hecho el amor, y le había encantado.

Al fin entendió que la gente hiciera locuras por amor. Qué no harías por sentirse así. Se dio cuenta que daba igual el trabajo, la casa, el dinero, todo eso no tenía importancia. Lo dejaría todo por seguir al lado de esa pelirroja un minuto más.

Desde el momento en que se despertaron, hambrientos, una horita después, ya no se separaron. Él la acompañó a ella a la cena con sus amigos y ella comió al día siguiente con los padres de él.

No fue algo hablado, simplemente, ella pasaba mucho más tiempo en su casa que en su propio piso, así que cada vez había más ropa de ella en el vestidor, cada vez sus amigos venían más a su casa y él no podía ser más feliz.

Llegar a casa y encontrarla con esa carita concentrada en la oficina, con un moño hecho con dos lápices lo volvía loco. Literalmente todas las habitaciones fueron estrenadas en su casa. Todas. Desde la oficina a la habitación de invitados, todos los baños, la lavandería. Todas. Incluso la piscina una madrugada especialmente cálida.

A los dos meses fueron juntos a la boda. Él tuvo que ponerse el traje de repuesto porque ella le arrancó la camisa nada más verlo salir del vestidor, rompiendo un botón. Aunque apenas llevaban dos meses juntos, les hicieron pasar por la ceremonia de la liga, que los puso como motos y después tuvieron que ir al coche a aliviarse, porque si iban a un sitio más cómodo no volvían ni de coña.

